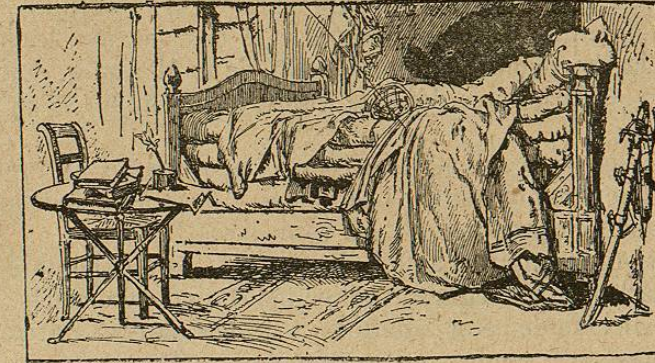
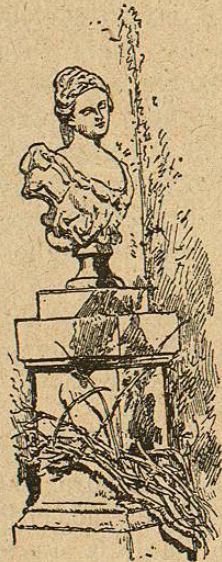


medio que asociarse maquinalmente á la lucha de principios opuestos que es visible en él; hay que participar de sus esfuerzos interiores, que no eran solamente batallas de pasiones. Es un Edipo que, llevando en sí el enigma, marchó rectamente hacia la esfinge para que le devorara.



CAPITULO VII

Impotencia de la Asamblea.—Negativa de juramento. (Noviembre del 90.—Enero del 91.)

Aparición de los Jacobinos futuros.—Los primeros Jacobinos (Duport, Barnave, Lameth, etc.) intentan retroceder.—Espíritu retrógrado de la Asamblea.—Mirabeau y los Lameth quieren evitar la guerra eclesiástica.—Los sacerdotes provocan la persecución.—Se les exige el juramento.—Sanción forzada del rey.—La Asamblea ordena en vano el juramento inmediato.—Negativa de juramento dentro de la misma Asamblea.

Cuenta Alejandro de Lameth que en el mes de Junio de 1790, una sociedad patriótica lo invitó á un banquete con su hermano y con Duport y Barnave. Este banquete de doscientas personas, hombres y mujeres, fué verdaderamente espartano por la austeridad patriótica y por la frugalidad. Apenas se sentaron los convidados, el presidente se levantó para pronunciar con solemnidad el primer artículo de la Declaración de los Derechos del hombre. «Los hombres nacen y viven libres, etc.» La reunión escuchó con religioso silencio, y este recogimiento duró todo el banquete. Una Bastilla hecha de Madera ocupaba el centro de la mesa. A los postres muchos vencedores de la Bastilla que se encontraban entre los convidados tiraron de sus sables, y sin decir una palabra hicieron pedazos la odiosa fortaleza: de entre sus ruinas salió un niño llevando en su cabeza el gorro frigio de la Libertad. Las mujeres colocaron coronas cívicas en la cabeza de los diputados patriotas y el banquete terminó como había comenzado: pronunciando el presidente, con sombría gravedad y como discurso de despedida, el segundo artículo de la Declaración de los Derechos del hombre.

El presidente era el matemático Rommé, antiguo preceptor de los príncipes Strogonoff. Había sentido la Libertad donde mejor puede sentirse, ó sea en Rusia, y desde allá lejos, en plena esclavitud, había visto el golpe de la Revolución. Ebrio de entusiasmo y frío al mismo tiempo,

este geómetra iba á aplicar inflexiblemente sus principios, y por una larga resta de cifras humanas descubrir lo desconocido. Inmutable calculador de la Convención, en lo más alto de la Montaña, solo descendió de su altura en la jornada del 2 de Pradeal para hundirse su compás en el corazón.

Los Lameth se contemplaron con escalofríos de extrañeza en un mundo completamente nuevo. Los nobles y elegantes Jacobinos del 89 se encontraban en presencia de los verdaderos Jacobinos.

El mismo Alejandro Lameth lo declara: «Este hombre de piedra que presidía los textos legislativos recitados como oraciones, el recogimiento, el silencio de estos fanáticos, todo nos pareció alarmante.»

Comenzaban á sondear el Occéano donde se habían metido. Hasta entonces, como los niños, sólo habían jugado cerca de la playa. Conocían ellos perfectamente á los agitadores de plaza, á los obreros de la revuelta que empleaban y lanzaban á voluntad. Conocían á los periodistas violentos y á los ardorosos declamadores de los clubs, de los cuales los más vociferadores no eran los más temibles. Pero más allá de todas estas cóleras, simuladas ó verdaderas, había algo frío y terrible, que es lo que ellos acababan de tocar. Habían encontrado el acero de la Revolución. Sintieron frío al tocarlo y retrocedieron.

Su deseo era retroceder y no sabían cómo hacerlo. Figuraban en la vanguardia y había que fingir que se continuaba en ella, teniendo sobre sus personas fijos todos los ojos. La trinidad jacobina Duport, Barnave y Lameth, había sido saludada como el piloto de la Revolución, encargado de llevarla adelante.—«Estos, al menos, son firmes y francos—decía la gente—no son como Mirabeau.» Desmoulin los había exaltado, colocándolos al lado de Robespierre; hasta Marat, el desconfiado Marat, no sentía ninguna sospecha acerca de ellos.

Esta gran posición la debían á su destreza más que á su fuerza. Debía, pues, llegar el momento en que la gente se diera cuenta de sus fluctuaciones, de su carácter equívoco y de sus costados débiles.

Barnave fué el que primeramente cayó por su vida. Después Lameth por sus intrigas: Duport fué el último en ser conocido.

El primer golpe contra ellos fué lanzado por el aturdido Desmoulin, verdadero niño terrible que decía en alta voz lo que todos convenían en no decir y que por gusto de esgrimir el arma del ridículo, causaba heridas crueles. Fastidiado por la manía oratoria de Barnave, que no perdía ocasión de pronunciar un discurso, se burló de él con tanta gracia que le puso en ridículo.

Días después recibió Barnave un golpe más grave del que no pudo reponerse. El periodista Brissot, un doctrinario republicano del que pronto hablaré con extensión, le dirigió, á propósito de los hombres de color para los cuales había pedido Barnave la anulación de todos los derechos, una larga y terrible carta donde puso de manifiesto al abogado pedantesco, brillante y vacío, lleno de frases, pero sin ideas. Brissot,

escritor venal ordinariamente, pero que en esta ocasión tenía la razón de su parte, trazó con severidad el retrato del verdadero patriota, y este retrato resultó el reverso de todo lo que era Barnave.

El patriota, tal como lo describió Brissot, no es ni intrigante ni celoso; no busca la popularidad para hacerse notar de la corte y resultar necesario. El patriota no es el enemigo de las ideas, ni lanza largas tiradas de oratoria contra la filosofía. ¿Los más grandes ciudadanos de la antigüedad no eran filósofos estoicos, etc., etc.?

Pero lo que comprometió más el partido de Barnave y Lameth es que en el momento en que el duelo de Lameth le hacía popular en extremo, no se atrevieron á declararse en la peligrosa cuestión de la guardia nacional.

En los momentos difíciles se callaban votando silenciosamente con sus adversarios: el pueblo lo vió claramente al discutirse en la Asamblea los sucesos de Nancy, donde la unanimidad de la votación demostró que los Lameth habían votado lo mismo que los otros.

La Asamblea, ya lo hemos dicho, tenía miedo al pueblo. Ella lo había empujado y ahora quería retroceder. En Mayo había excitado el armamento, decretando que ninguno podría ser ciudadano *activo* si no era guardia nacional. En Julio, en el momento que la Federación mostraba que podía tenerse confianza en el pueblo armado, hacíase en la Asamblea la extraña moción de exigir el uniforme, lo que equivalía indirectamente á desarmar á los pobres.

En Noviembre una proposición más directa fué hecha por Rabaud Saint-Etienne: la de restringir la clase de guardias nacionales sólo á los ciudadanos *activos*. Estos eran numerosos, ya lo hemos dicho: cuatro millones. Mas era tal el extraño estado de la Francia de entonces y la diversidad de provincias, que en algunas, el Artois por ejemplo, no había casi ni ciudadanos *activos* ni guardias nacionales.

Esto es lo que hacía ver Robespierre con gran fuerza de elocuencia cuando hacía esta observación que resultaba justísima en su provincia:

—«¿Es que queréis, decretando tantas limitaciones, que el ciudadano resulte un ser raro?»

Júzguese con cuanto aplauso sería acogida esta manifestación en las tribunas de la Asamblea.

La noche del 21 de Noviembre Robespierre sostuvo esta tesis en los Jacobinos. Mirabeau presidía.

En la continua fluctuación del público para con Mirabeau, remontrándole un día á las nubes y queriendo ahorcarle al día siguiente, el gran orador había ambicionado esta presidencia para fortalecer su popularidad con la de los jacobinos.

Era más fácil contar las olas del mar que las alternativas de Mirabeau. Sus relaciones con el público eran semejantes á un amor tempestuoso lleno de riñas y furiosos.

En esta continua querrela Camilo Desmoulin resulta admirable

por la facilidad con que pasa del elogio al insulto. Jamás frío ni indiferente ante Mirabeau, el popular periodista, un día llama al gran orador amante adorado y al día siguiente meretriz sin vergüenza.

Mirabeau había descendido mucho, en el concepto público, por su proposición de dar gracias á Bouillé. Pero poco después se había remontado por un terrible discurso contra los que osaban burlarse de los tres colores de la bandera, uno de esos discursos eternamente memorables, que hacen que este hombre, aunque hubiera sido mucho más criminal, no pueda ser negado como una gloria de la Francia.

Después había vuelto á descender, proponiendo que se conservara la soberanía del Papa sobre Avignon. Mas inmediatamente se había remontado con una simple aparición en el teatro una noche en que se ponía en escena la tragedia *Brutus*. Su presencia lo hizo olvidar todo: resucitó el amor, el entusiasmo, sólo se veía al gran orador; todas las miradas iban á su palco, y cada verso de la tragedia era acogido como una alusión al tribuno. Fué un triunfo ruidoso, pero el último.

Esto fué el 15 de Noviembre. El 21, presidiendo en los Jacobinos Mirabeau, escuchaba con impaciencia el discurso de Robespierre sobre la Guardia nacional, restringida únicamente á los ciudadanos *activos*. Intentó varias veces quitarle la palabra, con pretexto de que hablaba contra decretos ya aprobados. Cosa grave, peligrosa, tratándose de una Asamblea conmovida y favorable á Robespierre...

—Continuad, continuad,—gritó el público al orador, despreciando las indicaciones del presidente.

El tumulto llegó al colmo; imposible entenderse: para nada servía el presidente ni su campanilla.

Mirabeau, en vez de cubrirse como presidente, tomó una resolución audaz que podía darle gran fuerza ó acelerar su caída.

Se subió sobre su sillón, y como si el decreto atacado fuese su misma persona y hubiera necesidad de defenderlo y salvarlo, gritó Mirabeau:

—¡A mí mis colegas!... ¡Que todos mis compañeros me rodeen!...

Esta peligrosa demostración puso de manifiesto la soledad de Mirabeau. Treinta diputados acudieron á su llamamiento, pero toda la Asamblea permaneció al lado de Robespierre.

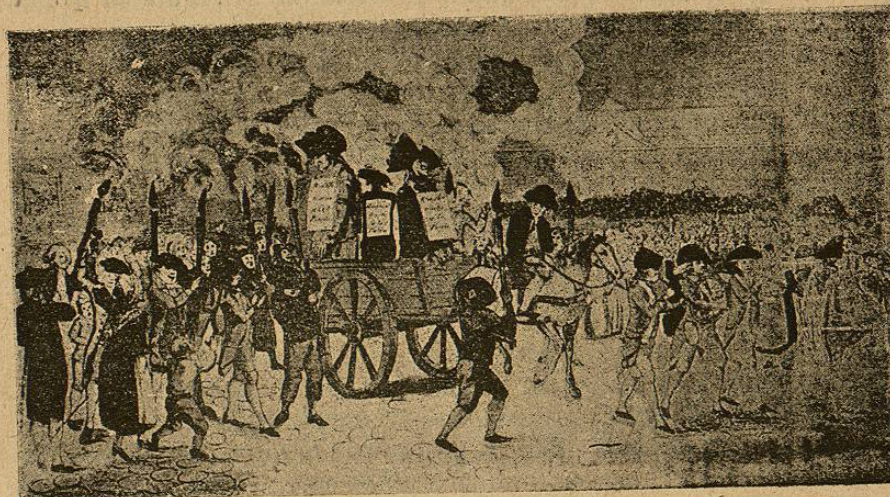
Desmoulins, antiguo camarada de colegio de Robespierre que no perdía ocasión para elogiar su carácter, dijo al día siguiente en su periódico á propósito de este suceso. «Mirabeau no sabe sin duda que si la idolatría está permitida en un pueblo libre, es solamente cuando la justifica la virtud.»

Lo ocurrido fué una gran revelación del profundo cambio que había sufrido el club de los Jacobinos. Fundado por los diputados y para ellos ya no conservaba en su seno más que un pequeño número de diputados que pesaban poco. La fácil admisión de hombres ardientes é impacientes había renovado el club: todavía estaba allí la representación de la Asam-

blea; pero era de la Asamblea del porvenir. Para ella hablaba Robespierre.

Carlos de Lameth llegó, llevando todavía el brazo en cabestrillo. Voluntariamente se hizo el silencio. Todo el mundo se hallaba convencido de que estaba por Robespierre ¡y habló en pro de Mirabeau! El vizconde de Noailles declaró que el comité había entendido el decreto muy diferentemente que Mirabeau y Lameth y en el mismo sentido que Robespierre. Este volvió á usar de la palabra, teniendo la Asamblea de su parte, y el presidente quedó reducido al silencio... ¡Mirabeau obligado á callarse!

LA SÁTIRA DE LA REVOLUCIÓN



Mascarada de los patriotas de Strasburgo contra los curas enemigos de la Revolución
(Reproducción de una lámina de la época en colores.)

He aquí á los Lameth enfermos de veras. Eran los fundadores de los Jacobinos y veían cómo se les escapaban.

Su popularidad databa, sobre todo, del día en que lucharon con Mirabeau sobre el derecho de paz y de guerra, y helos comprometidos y asociados con Mirabeau en la impopularidad. Van á hundirse, á ahogarse y no encuentran medio de separarse violentamente de su antiguo enemigo, teniendo que correr su misma suerte. Por otra parte, su guerra al clero les impide apoyarse en la otra parte de la opinión.

Es de justicia declarar que los curas hacían todo lo que podían para merecer la persecución de que eran objeto. Tenían buen cuidado de ocultar, dejándola en la sombra, la cuestión de los bienes eclesiásticos, que era la que más les dolía, y de sacar á luz únicamente la cuestión del juramento.